

*Intelectual a media voz**

Desde hace más de un cuarto de siglo se repite con una frecuencia ya agotadora la pregunta: ¿dónde están los intelectuales?, dando por supuesto que se han escondido, que han hecho mutis por el foro, que han huido despavoridos o, simplemente, que han desaparecido. Fue hacia finales de la década de 1980, al socaire de las revoluciones de terciopelo y el derrumbe de los sistemas comunistas, cuando se proclamó el fin de los intelectuales, que vendría a coincidir con el fin del siglo XX, siglo por antonomasia de los intelectuales. Desde entonces, y cada vez que salta una crisis a las primeras páginas de los periódicos, se repite, como un quejido, la pregunta por su paradero y llueven los lamentos por la ausencia de voces que iluminen el camino, que tomen partido o que muestren al pueblo la senda por la que habrá de caminar el futuro.

Las profecías de antaño sobre el fin de los intelectuales, y los lamentos de hogaño por su desaparición, ocultan que lo que en realidad se profetizaba antes y lamenta ahora es el mutis de una de las variadas figuras adoptadas por el intelectual desde que tal figura ha ocupado buena parte de la escena pública: la del profeta omnisciente, encarnado entre nosotros por el Ortega de los años de su liderazgo, en las décadas de 1910 y 1920, y, entre los franceses, por Sartre en los años de la reconstrucción tras la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial. El aura sagrada que rodeaba la cabeza de estos y otros intelectuales de similar fuste –del gran intelectual, como era conocido– y la veneración con la que se recibían sus oráculos, impedían percibir lo falso de su posición y la futilidad de sus profecías, condenadas a disolverse en el aire al primer choque con la opacidad de lo real, de lo que alguien tan experto en el manejo de los intelectuales como fue el general De Gaulle llamaba la fuerza de las cosas: por

· Prólogo a Juan José Solozabal Echavarría, *Cuaderno abierto de un constitucionalista. Recuadros y ensoñaciones*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, págs. 17-23.

esa fuerza de las cosas que, según el general De Gaulle, la Unión Soviética volvería a ser Rusia el día menos pensado.

El mutis del gran intelectual, mitad profeta mitad sacerdote, y la desaparición de esas voces que pretendían hablar en nombre de multitudes sin voz, ha coincidido con, o ha sido resultado de la elevación general del nivel de educación de aquellas masas inertes, perezosas, analfabetas, a las que Miguel de Unamuno –un gran intelectual- tanto gustaba de fustigar, y de la multiplicación casi infinita de las oportunidades, hoy al alcance de todos, de expresar públicamente cada cual su propia voz. En este mundo radicalmente transformado, la distancia entre el intelectual sabelotodo y la masa, convertida en público, no ha dejado de achicarse, primero, porque nadie en este mundo secularizado puede aspirar a investirse de la sacralidad que un día adornó a los grandes intelectuales; y segundo, porque son cada vez más las voces que se dejan oír en el espacio público, en el periódico, desde luego, como siempre ha ocurrido, pero también en la radio, la televisión y, de un tiempo a esta parte, con frecuencias y amplitud crecientes, en las múltiples formas de la avasalladora nueva escritura en la red.

Como todo en la vida, también la desaparición del gran intelectual ofrece una doble cara. De una parte, la multiplicación de voces ha provocado un incremento de ruido, de modo que la esfera pública parece degradarse en algarabía en la que nadie oye a nadie, porque todos gritan a la vez. Sucede también con más frecuencia de la que sería de desear en las tertulias radiofónicas y televisivas en las que una y otra vez los participantes se quitan literalmente la palabra en la creencia de que así su voz adquiere más densidad. El fenómeno está causando auténticos destrozos en los foros abiertos a la opinión de *blogueros* o *tuiteros* anónimos que sacan a la vista del público los rencores y las frustraciones que en un tiempo reciente aunque definitivamente pasado les reconcomían en la soledad de sus cuartos. Así que no es sorprendente que muchas gentes lamenten la ausencia de los grandes intelectuales, capaces de imponer silencio a su alrededor con solo abrir la boca.

Pero, por otra parte, ocurre también que este maremágnum de voces, y las condiciones que lo han alumbrado, han contribuido a democratizar la figura del intelectual, que no se cree ya investido de ninguna misión transcendental, que vive convencido de que no existe ningún camino a las estrellas y que siente

un pudor paralizante cuando alguien se dirige a él con la veneración de quien busca la voz del oráculo. Y es ahí donde radica lo más original del tiempo presente: la abundancia de profesionales que, además del cultivo de su especialidad, aprovechan las oportunidades de esta enorme expansión de medios de comunicación que ha acompañado la revolución digital para hacer llegar a un público no necesariamente especialista, pero sí culto y leído, su opinión, sus impresiones, a veces también sus sentimientos o sensaciones sobre las más diversas cuestiones. Abogados, ingenieros, economistas, médicos, arquitectos y, claro está, profesores, que se ocupan de cuestiones relacionadas con los campos en los que han adquirido una especial competencia y participan en el debate público aunque sientan que no tienen ni pueden tener lo que se llamaba la última palabra, sencillamente porque la última palabra no la tiene nadie, ni siquiera que ese nadie sea dios.

Esta nueva figura de intelectual a media voz ha desembarcado masivamente en las páginas de opinión de los periódicos, antes feudo del gran intelectual, habitualmente un literato o un filósofo, y ha ocupado posiciones en los blogs y en los espacios de opinión de la multitud de publicaciones que pululan por la red. El tiempo, seguramente, hará su trabajo discriminatorio y acabará por separar el trigo de la paja, pero lo que ya se puede certificar es que lejos de haber desaparecido, la figura del intelectual ha multiplicado su presencia en el debate público, también en los tradicionales medios de comunicación: basta comparar el espacio dedicado a las diferentes secciones de opinión por *Le Monde* en sus actuales ediciones con el que dedicaba cuando Sartre reinaba en el Barrio Latino para comprobarlo. En verdad, son ahora muchos más, aunque sean correlativamente mucho menos grandes en el sentido en que Sartre, y quienes le rodeaban, creían que lo era.

Con eso, las condiciones del debate público se han transformado radicalmente en un sentido que plantea mayores exigencias a quienes se animan a intervenir en él aun en la seguridad de que su voz será una más de las que cada día compiten en ese mercado de las ideas al que se refiere Juan José Solozabal en una de estos recuadros evocando al juez Holmes. Ciertamente, cualquiera puede hoy decir cualquier cosa en cualquier sitio; es verdad. Pero también lo es que para mantener una presencia con una voz propia en este nuevo mercado de ideas que Holmes no podía siquiera vislumbrar se necesita algo más que

ponerse a hablar. Se necesita tener algo que decir y decirlo de tal manera que suscite en los que reciben la voz un sentimiento de complicidad que les anime a participar en la conversación. El intelectual de hoy no es un oráculo, es un conversador; no profetiza, debate. Conversar y debatir: estos recuadros y ensoñaciones de Juan José Solozabal son buenos ejemplos de esta transmutación de la figura del intelectual.

Solozabal es, y así se presenta y así es conocido, un constitucionalista; posee pues un ámbito de competencia desde el que puede, porque sabe, hablar y escribir de cuestiones que afectan a la Norma Fundamental de nuestra convivencia, el derecho constitucional, un campo por fortuna muy bien poblado en España. Realmente, es difícil aventurar cual hubiera sido la suerte corrida por el experimento de Estado autonómico, en el que andamos empeñados va ya para cuarenta años, si no hubiera estado sostenido sobre el saber de espléndidas cohortes de constitucionalistas, renovadoras de una tradición que dio sus primeros frutos en la República y que luego fue condenada al silencio, el exilio o la muerte, para resurgir potente de las cenizas en los años de la transición política a la democracia.

Situado en ese campo, Juan José Solozabal se considera parte de una tradición que reconoce el magisterio de los mayores: son numerosas, y muy bien traídas, las evocaciones de los maestros, siempre presentes en estos recuadros y ensoñaciones. Solozabal gusta de recrearse en esa rica tradición y reconoce de buen grado y con abundancia las deudas contraídas con quienes le han precedido en el campo del constitucionalismo. Maestros son en estas páginas Francisco Rubio Llorente y Francisco Ayala, Juan José Linz y José Antonio Maravall, Carl Schmitt y Jürgen Habermas. Por eso, la irritación que en ocasiones asoma, y que comparto, ante esas “críticas sin valor” en las que se juntan el desprecio al maestro con la ignorancia de su obra; por eso también la originalidad y la riqueza de una voz propia, la de un intelectual como Juan José Solozabal que piensa por sí mismo a partir de lo que otros han pensado antes sobre las mismas o similares cuestiones, sin importarle demasiado la afinidad o lejanía ideológica, solo el rigor del pensamiento.

Reconocer esa jerarquía no disminuye la estatura del discípulo, la eleva. En la multitud de voces que tantas veces llenan de ruido nuestra capacidad de escucha, una voz que merezca ser oída -la de este nuevo tipo de intelectual a

media voz- habrá de pronunciarse a partir de una tradición destilada, asumida como propia. Es la primera condición del intelectual demócrata: sumergirse en una rica tradición, hablar desde un saber que tenga en cuenta a los ancestros. Luego, habrá de conversar con los conmlitones, pensar desde el pasado a sabiendas de formar parte de una generación a la que se pertenece, en la que se han construido intersubjetivamente los marcos del propio pensamiento y en el que ha adquirido una modulación personal la propia voz.

Somos, años más, años menos, de la generación llamada del medio siglo, la que irrumpió en la esfera pública desde mediados de los años cincuenta hasta iniciados los sesenta: hijos de la Guerra Civil como ha sido identificada en múltiples ocasiones. Marcados por la escisión provocada por la guerra y la dictadura, por aquella quiebra de civilización de la que hablaba José María Jover, una quiebra que condenó a permanente exclusión a la mitad de los españoles. Tuvimos que recoser el roto y tal vez por eso, aunque educados en una ortodoxia nacional y católica, desarrollamos actitudes y conductas democráticas: escuchar lo que el otro tuviera que decir, tomarlo en cuenta, discutirlo, incorporarlo. Cuando Solozabal evoca el ambiente intelectual en torno a *Destino* o *El Ciervo*, cuando se refiere al mundo editorial universitario de Barcelona en los años sesenta, está hablando de eso, de aquellos años irrepetibles en los que se nos hizo evidente la necesidad de asentar la futura democracia española en la medida y el equilibrio, en la integración y el pluralismo.

Por eso, me parece, esa mirada hacia atrás sin ira alguna que emana de estas ensoñaciones. Y por eso también su firme apuesta por el federalismo en España, no solo como organización territorial del poder, sino especialmente como cultura política que patrocina la integración, que se alimenta de la negociación y busca el pacto, que acepta la solución jurídica de los problemas, y que, como el federalismo americano, huye de los planteamientos doctrinarios y compatibiliza los elementos particularistas con los amarres federales. A diferencia del gran intelectual, que creía poseer la llave de los amaneceres que cantan, o el secreto del ser de la nación, el intelectual demócrata de nuestro tiempo, el que conversa y debate, no finge la posesión de ninguna sabiduría superior, no apetece ningún manjar teológico, no se acerca a los problemas desde una posición religiosa o sagrada, no es por tanto nacionalista ni se

conduce como un creyente, convive con el gradualismo y la imperfección, al modo de Camus, o como lo decía Eliot –ambos, Camus y Eliot, evocados en estas páginas-: para nosotros no hay sino el intento; lo demás no es de nuestra incumbencia.

Se trata pues de un federalismo arraigado en una tradición, enriquecido por unos maestros, sostenido por el debate entre colegas; y en fin, pero de ningún modo en último lugar, alimentado por el sabor, la cercanía, de la tierra. Demasiado terrenal, dice Juanjo Solozabal, que es la democracia constitucional. Pues sí, lo es, y a todos los efectos. Y aquí debo confesar la mayor y más grata sorpresa que he experimentado al recorrer estos recuentos y ensoñaciones: la vena literaria que riega la conversación del constitucionalista con el sabor y el olor de paisajes terrenales. Solozabal disfruta con lo que desde nuestra juventud llamamos clásicos españoles y con la relectura de los clásicos que emprendieron nuestros maestros. Y al resplandor de las lecturas de Cervantes o de Juan Ramón, anda por tierras del Maestrazgo o de Castilla, atraviesa la España retirada, disfruta de la luz del atardecer en alguna ciudad perdida; sube hacia Euskadi por esas tierras de transición en la que quedan todavía hileras de chopos a los dos lados de la carretera, alardea de su condición de ribereño.

No estoy muy seguro de que seamos, amigo Juanjo, de una generación “que ha insistido esforzadamente en la normalidad relativa del desarrollo histórico español”; pero sí estoy convencido de que somos de una generación empeñada en liquidar la malhadada “diferencia española”, con el propósito de construir –lo diré con tus palabras- “un verdadero Estado de derecho, una democracia efectiva”. Cierto, hay cosas en nuestro sistema político que no van bien o que no van como debieran, pero nuestras propias biografías nos han curado en salud, quiero decir, nos han vuelto desconfiados de los nuevos comienzos, de las partidas de cero, de la pretensión de arramplar con lo construido, de los gritos de que conmigo se inaugura una nueva vía o llega un nuevo tiempo. En ese sentido, somos unos descreídos, condición imprescindible para conversar y debatir, para cumplir este oficio de intelectual demócrata, este intelectual a media voz, de nuestro tiempo que, por nuestra particular historia, será federalista en lo político y en lo cultural o no será.

Y en este punto, y para terminar, me permitiré una ligera discrepancia, que en el fondo no lo es. Cuando se acercaba el fin del cuarto año de estos

recuadros y ensoñaciones, sufrimos la desgracia de perder a Javier Pradera, aquí identificado como un “contribuyente decisivo de la referencia socialdemócrata en la vida política española”. Lo fue, sin duda, Pradera, pero si llegó a serlo –eso y mucho más- fue precisamente por “haberse extraviado en su formación, como muchos de nosotros, por derroteros más bien erráticos y aun equivocados”. Me ha recordado este apunte una conversación con José Bergamín, va ya para cincuenta años, en un paseo a orillas del Sena. Caminaba yo con mi crisis a cuestas, dando tal vez más lata de la debida, cuando Bergamín se detuvo, como acostumbraba cada vez que se cruzaba alguna joven mujer resplandeciente que le dedicaba una sonrisa, y me dijo: Mira, Santos, para encontrarse hay antes que perderse. No supe qué contestar, simplemente no volví a darle la tabarra con mi crisis.

¿Extraviado Pradera, extraviados todos nosotros? Pues sí, seguramente, pero tal vez porque nos extraviamos y hasta porque nos perdimos cuando jóvenes, aprendimos a encontrarnos cuando mayores. Formamos parte de unas generaciones que, por perderse, supieron encontrar terrenos comunes; que por dudar, comenzaron a debatir y a pactar, sostenidos en unas tradiciones que nos vimos en el trance de recomponer, de rescatar del cieno al que fueron arrojadas por los que nunca se extraviaron, por lo que se mantuvieron siempre fieles a una ortodoxia. Bien, ese es nuestro modo, nuestra manera de ser, una manera a la que cuadra como mejor expresión constitucional y jurídica, pero también social y política, la voz federal, la política de la transacción y del pacto. Somos, en el sentido pleno de la palabra, federalistas. Y Juan José Solozobal lo es en grado sumo en estos recuentos y evocaciones que igual hablan de la organización territorial del poder, que de las tierras de Ávila, las lecturas de los clásicos y las lecciones de ese puñado de maestros que han iluminado nuestro caminar por la vida.

Santos Juliá

Marzo 2012